

Muy pronto los artilleros enemigos, repartiéndose el trabajo, se distribuyeron las partes del soto, como en una corta se reparten los compradores los lotes de bosques; y cada batería, con su radio de acción propio, ejecutó con metódica regularidad su mortífera tarea. Jamás se sabrá cuántas angustias y maldiciones, cuántos dolores y agonías se ocultaron aquel día en el bello y umbroso bosque que sirve de paseo ordinario á los pacíficos sedaneses. Cuando la artillería hubo preparado el terreno, las tropas de la guardia atacaron por todos lados la espesura; en uno de los claros de ésta habíase incendiado la vasta granja de Querimont, y las llamas que subían rectas en aquella tranquila atmósfera, servían para guiar á los asaltantes. Por grandes grupos caían los prisioneros en poder de los prusianos; sin embargo, al verse enfrente del enemigo algunos se reanimaron, y muchos soldados de todos los cuerpos y de todas las armas, mezclados y confundidos á las órdenes de jefes improvisados, empuñaron de nuevo sus fusiles. En el lindero del bosque, en el *Vieux-Camp*, detrás de las casas de tablas y de las vallas de los jardines hubo aún obstinadas descargas y choques desesperados; pero la batalla, la verdadera batalla, estaba decididamente perdida, y el torrente de los fugitivos, hostilizado por todos lados por el fuego de 400 cañones, descendía confusamente hacia Sedán.

X

Durante la noche del 31 de agosto al 1.º de septiembre un insomnio lleno de terror había tenido despiertos á los habitantes de Sedán. Antes de que amaneciera, habían retumbado por la parte del Sur los cañonazos, aunque algo amortiguados por la altura de las murallas, y al despuntar el día algunas personas abandonaron furtivamente la ciudad engrosando la emigración hacia Bouillon. Poco después se habían introducido en la plaza varios soldados evadidos de la batalla; á las nueve, las detonaciones eran más frecuentes y más fuertes y ya no procedían sólo del Sur, sino también del Norte, del Este, de todas partes; y al poco rato comenzaron á llegar los heridos, cuyo número era al mediodía tan grande que no podían contarse.

A las once y media había entrado en la ciudad por el *fond de Givonne* el triste y suntuoso cortejo del emperador. Durante cuatro horas el monarca había vagado por el campo de batalla, presentándose en los sitios más peligrosos sin hacer alarde de su valor; uno de sus oficiales, el capitán de Hendecourt, había sido muerto á su lado y no lejos de él habían caído heridas muchas personas. Se ha afirmado que el príncipe iba en busca de la muerte; baste decir que nada hizo para evitarla.

Cuando después de un corto descanso había querido Napoleón volver al combate, la aglomeración le impidió, según se asegura, salir de la plaza; por otra parte, otra preocupación embargaba al soberano: en el campo de batalla no era más que un soldado; pero si la fortuna, resueltamente adversa, obligaba á discutir decisiones que el día antes habrían sido rechazadas como impías; si el ejército se veía obligado no sólo á sufrir la derrota, sino además á soportar hasta el fin la ley del vencedor; si por una crueldad inaudita de la suerte el desenlace había de tomar el nombre de capitulación,

quizás el emperador, recobrando una sombra de poder ó á lo menos de consideración personal, lograría suavizar las supremas humillaciones. Dos veces había sido Guillermo el huésped festejado por Napoleón, y entre el castillo de Compiègne y el palacio de Postdam habíanse cruzado efusivos telegramas llenos de promesas de amistad; y siendo esto así, ¿era absolutamente quimérico creer, esperar, suponer que esas simpatías, esos recuerdos no olvidados por ninguno de los dos príncipes, revivirían en la grandeza extraordinaria del uno y en el trágico infortunio del otro?

A medida que las noticias del combate disipaban nuestras esperanzas, aquellas ideas se grababan en el alma del soberano. Poco accesible al miedo por lo que á él personalmente se refería, llegado á ese punto de la desventura en que la muerte es más clemente de lo que pueda serlo la vida, desolábase pensando en la sangre derramada, y su buen sentido, porque aquel espíritu, fatalmente quimérico, era á intervalos en extremo perspicaz, le hacía ver la inutilidad de obstinarse más tiempo contra el destino. En esta situación de ánimo, á la una tomó sobre sí la responsabilidad de hacer izar en lo alto de la ciudadela la bandera blanca; en aquel momento la batalla era encarnizada y el emblema desplegado no detuvo á los combatientes, en vista de lo cual fué arriado al poco rato.

La historia ofrece sorprendentes contrastes. Todo lo que en el emperador era abandono resignado, en Wimpffen se transformaba en rebelión del patriotismo y del orgullo, en increíble persistencia de ilusiones. El comandante en jefe no confiaba ya en arrojar al enemigo al Mosa, pero impresionado por la extenuación de ciertos batallones bávaros y sin calcular que detrás de estos cuerpos había poderosas reservas, obstinábase en la esperanza de abrirse paso hacia Carignán. A la una y cuarto envió al emperador un billete concebido en los siguientes términos: «Señor, me decido á forzar la línea que hay delante del general Lebrun y del general Ducrot antes que caer prisionero en Sedán. Venga Vuestra Majestad á ponerse en medio de sus tropas, que tendrán á gran honor abrirle camino.» Al mismo tiempo envió Wimpffen uno de sus oficiales, el teniente Laizer, á Ducrot, y otro, el capitán d'Ollone, á Douay, ordenando al primero que apoyara el movimiento y al segundo que protegiera la retirada.

Douay, lejos de poder proteger nada, difícilmente podría salvar los restos de sus fuerzas. El capitán d'Ollone buscó largo rato sin encontrarlo al comandante del 7.º cuerpo y por el camino se cruzó con soldados desbandados, con caballos sin jinetes, señales todas de la derrota; y cuando al fin dió con Douay, éste le respondió lo que ya podía esperarse: «Mis tropas están en completo desorden; lo más que puedo hacer es retirarlas del campo de batalla.» Ducrot, á quien aún más trabajo costó á Lazier encontrar, manifestó análogo desaliento: «He hecho lo que he podido; ya nada tengo y nada puedo ya.» En el entretanto, el emperador acababa de recibir la carta de Wimpffen que le había llevado el capitán de Saint-Haouen; había sido escrita con lápiz y con febril premura y el soberano no pudo al pronto descifrarla. Uno de los personajes de su séquito cogió el papel y consiguió leerlo; y después de un conciliábullo que celebraron el monarca y sus familiares, fué llama-

mado al cabo de media hora el Sr. de Saint-Haouen, á quien se manifestó que la brecha se consideraba impracticable y que sólo conduciría á un sacrificio inútil de muchos miles de hombres (1). En cuanto cabe precisar las horas, puede decirse que entonces fué cuando se mandó nuevamente enarbolar la bandera blanca.

Wimpffen esperaba impaciente contando los minutos. Si sus ilusiones eran ténaces, su valor era fogoso; así es que, al ver que no regresaba ninguno de sus oficiales, resolvió hacer avanzar las escasas tropas de que disponía, lanzándose en dirección á Balán con la infantería de marina, algunos batallones de línea y unos cuantos destacamentos de zuavos, á los que se juntaron por el camino varios soldados sueltos que estaban emboscados detrás de los setos ó escondidos en las sinuosidades del terreno. Los bávaros, extenuados por tan largo combate, retrocedieron un poco y nuestros tiradores avanzaron de casa en casa y de cercado en cercado. Wimpffen, dominado por su optimismo, afirmóse en sus esperanzas; pero, desgraciadamente, aquella victoria fué una victoria fugaz, engañadora. En efecto, detrás de los bávaros estaba el IV.º cuerpo y á la derecha estaban los sajones, fuerzas imponentes que habían de hacer imposible todo avance formal por la carretera de Carignán.

Mientras estas tentativas se realizaban, Sedán se llenaba de fugitivos: eran las dos y media, las tres á lo sumo, hora en que la pérdida de la meseta, destruyendo nuestras últimas probabilidades favorables, arrojaba hacia la ciudad la ola de los soldados vencidos, que por todos los caminos corrían desatinados, procedentes de Gaulier, de Cazal, del bosque de la Garenne, del *Vieux-Camp*, y al llegar á la plaza se empujaban al pie de las murallas y se estrujaban en las puertas, tan pronto abiertas como cerradas en virtud de órdenes contradictorias. El mismo torbellino que arrastraba á los soldados arrastraba también á los jefes: cerca de la ciudadela, en uno de los fosos de la plaza, la casualidad, soberana única en aquella confusión, reunió á Ducrot, á Douay y á algunos otros generales que celebraron un consejo. Ducrot, pálido de emoción, exclamó: «Sin embargo, no debemos dejarnos coger así;» pero cuando llegó el caso de proponer un medio de salvación, todos se mostraron en extremo perplejos, pues todas las salidas estaban cerradas. «No nos queda más recurso que batirnos como tiradores,» acabó diciendo tristemente Douay. En aquel momento, un oficial de órdenes exclamó: «Han izado la bandera blanca. ¿Será la bandera de parlamento?—No es posible, replicó Ducrot; más bien será una bandera de ambulancia cuya cruz roja ha sido borrada por la lluvia.» Aquellos hombres valientes, desconcertados por la terrible magnitud de las conjeturas, buscaban instintivamente quién les dirigiera, y como el emperador, aunque despojado de sus atribuciones de mando, todavía representaba á sus ojos la autoridad suprema, resolvieron avistarse con él.

Por una poterna llena de heridos penetraron en la ciudad, por cuyas calles apenas podía transitarse, tan llenas estaban de restos de la derrota, así es que emplearon largo rato en recorrer el cortísimo camino que conducía á la subprefectura. Entre los grupos circulaba

(1) Relato del capitán de Saint-Haouen (*Revue historique*, noviembre-diciembre 1884).

una noticia extraña, extraordinaria, inaudita, la de que Bazaine se aproximaba; y, cosa más extraña aún que la noticia misma, aquel rumor encontraba gente crédula que lo aceptaba como bueno.

Douay fué el primero en llegar y ser recibido por el emperador; pero después de haber expuesto la situación, que no tenía remedio, se retiró á fin de reconocer en las inmediaciones de la plaza los progresos del enemigo. Después de él llegó Ducrot y el monarca al verle no pudo menos de exclamar, recordando lo pasado y todas las advertencias que el general le había hecho: «¿Qué mal hice en no escucharos!» Y añadió: «La retirada á Mezieres habría sido el único medio de salvación.» Hubo un momento de silencio, hasta que el soberano, oyendo fuera los estampidos de las granadas, dijo: «¿Por qué continúa el cañoneo? He mandado izar la bandera blanca.» Y como si esperara una aprobación, siguió diciendo: «Quisiera tener una entrevista con el rey de Prusia; espero obtener condiciones ventajosas.—No cuento mucho con la generosidad de nuestros adversarios,» replicó Ducrot moviendo la cabeza. Y luego, mal resignado aún á la idea de capitular, aventuró estas palabras: «Por la noche podríamos intentar una salida;» á lo que el emperador contestó: «No tenemos ninguna probabilidad de salvarnos.» El cañoneo continuaba cada vez más terrible, y habiendo estallado una granada en el patio de la subprefectura, el soberano exclamó: «Es absolutamente preciso que cese el fuego.» Después, indicando á Ducrot una mesa, le dijo: «Escribid,» y le dictó lo siguiente: «Habiéndose izado la bandera de parlamento, van á entablarse negociaciones con el enemigo; el fuego debe cesar en toda la línea.» Cuando Napoleón hubo terminado, el general dejó la pluma. «Ahora firmad,» le dijo el monarca. «¡Oh, no, señor!, no puedo firmar; el comandante en jefe es Wimpffen.—Es verdad, pero no sé dónde está Wimpffen.—Pues haced firmar al general Faure, jefe de Estado mayor, ó al general de división más antiguo, que es Douay.» El emperador aprobó la indicación y Ducrot salió llevándose la orden y se puso á buscar quien quisiera poner en ella su nombre.

En aquel momento entraba Lebrun en la subprefectura. Lo mismo que había dicho á Ducrot dijo el emperador al comandante del 12.º cuerpo, repitiendo con insistencia impaciente y casi enfermiza: «Es preciso mandar cesar el fuego; es preciso mandar cesar el fuego. Demasiada sangre se ha derramado ya.» Después mostróse extrañado, algo cándidamente, de que la bandera izada en lo alto de la ciudadela no hubiese tenido la virtud de suspender inmediatamente las hostilidades. «Señor, observó Lebrun, para que las hostilidades se suspendan es menester enviar al enemigo un parlamentario, es decir, un oficial precedido de un corneta y de un guión blanco y portador de una petición de armisticio firmada por el comandante en jefe.» Redactóse la petición de armisticio, y Lebrun, cogiendo el documento, se retiró y fué, como Ducrot, en busca de un hombre de valor suficiente para firmarlo (2).

Aquel valor había de ser el más difícil de todos, y nadie quería asumir la abrumadora responsabilidad. Ducrot confió la orden imperial á un jefe de Estado

(2) Lebrun, *Bazeilles, Sedan*, pág. 132.

mayor, el coronel Robert, el cual se la entregó al general Faure, jefe de Estado mayor general, quien exclamó: «No, yo no firmo esto.» En cuanto á Lebrun, salió de la subprefectura, seguido de un sargento que llevaba en la punta de una lanza un guión blanco; delante de Balán encontró á Wimpffen, que á las primeras palabras le interrumpió vehementemente diciéndole: «No quiero capitulación; quiero que continúe la lucha. ¡Fuera la bandera blanca!» Y mandó arrancar el guión.

Nada se podía salvar ya, pero se podía morir. Todavía en aquellas desesperadas circunstancias realizáronse dos tentativas para abrirse paso, una por el lado de Balán y otra por el de Cazal. Dirigió la primera Wimpffen que, como hemos visto, había conseguido conservar en Balán algunos de sus batallones: después de haber hecho quitar el guión blanco, volvió á entrar en la ciudad, avanzó hasta la plaza de Turenne y arengó á los soldados apelotonados en las calles prodigándoles las exhortaciones y llamándolos á la defensa de la bandera. Junto á él, sus oficiales repetían: «¡Llega Bazaine, llega Bazaine!» A cosa de las cuatro, los tambores dieron el toque de carga y al oírlo se juntaron de 1.000 á 1.200 hombres; de todos los cuerpos y de todos los regimientos, emprendiéndose en seguida la marcha. Fuera de la ciudad, el general en jefe encontró nuevamente á Lebrun, el cual se unió á aquellas fuerzas, aunque sin confianza alguna, y aún las aumentó con varios destacamentos. Aquellas escasas tropas avanzaron en bastante buen orden y en actitud muy resuelta; pero cuando hubieron recorrido algunos centenares de metros fueron acribilladas por la fusilería y sobre todo aplastadas por la artillería que, desde las colinas del Givonne y desde las de Aillicourt, concentró sobre ellas todos sus fuegos. Introdujose el desorden en las filas; muchos se desbandaron buscando un abrigo detrás de las casas de Balán, y el mismo Wimpffen se sintió desalentado y exclamó tristemente: «Veo que ya nada hay que hacer.» Ayudado por Lebrun, reunió lo mejor que pudo sus hombres y se replegó disparando los soldados contra los bávaros que se aproximaban. Cerca de la entrada de la ciudad sonaron las trompetas para llamar á los que se habían rezagado; después de lo cual los restos de la columna pasaron la puerta, alzando luego el puente levadizo.

La segunda tentativa realizada, no ya al Sudeste, sino al Noroeste de Sedán, no fué más que la proeza gloriosa de unos cuantos jinetes resueltos á perecer. Cuando los coraceros del general Bonnemains se retiraban hacia la plaza, un escuadrón del 1.º regimiento se encontró de pronto separado del resto de la división por la oleada de los fugitivos. Mandaba aquella pequeña fuerza el comandante d'Alincourt, el cual propuso que se abrieran paso al través del enemigo; oficiales y soldados aprobaron la idea y algunos voluntarios sueltos se unieron á la tropa audaz. El comandante d'Alincourt se puso al frente de la columna; detrás de él se colocaron los oficiales, ocho de coraceros, uno de Estado mayor y además un superintendente de administración militar, y en pos de ellos todo el escuadrón. Primero marcharon al paso, pero cuando en el arrabal de Cazal divisaron á los prusianos, lanzáronse contra ellos en una carrera desenfundada. Lo repentino del ataque provocó una sorpresa llena de pavor; los primeros que in-

tentaron resistir el choque fueron derribados, acuchillados, pisoteados; pero casi inmediatamente dióse la voz de alarma y en el extremo de la calle varios carros atravesados contuvieron el ímpetu de aquellos jinetes; y habiendo éstos tratado de salvar aquel obstáculo, un fuego terrible, que les hacían desde las casas, derribó unos encima de otros á los hombres y los caballos. El enemigo concentró su tiro sobre aquel amontonamiento, y si bien algunos lograron proseguir su camino, no tardaron en sucumbir bajo la fusilería. Dos oficiales, el capitán Mangón de la Lande y el teniente Theribout, fueron muertos; otros cuatro quedaron heridos, y las tres cuartas partes de los soldados fueron alcanzados por las balas enemigas. Los últimos que sucumbieron, cayeron en la carretera de Floing; en la pared de una capilla que allí existe fijóse una lápida conmemorativa, en la cual se recuerda que en aquellos sitios «fué muerto el capitán Mangón de la Lande con varios coraceros en la carga del 2.º escuadrón del 1.º regimiento, el día 1.º de septiembre de 1870.» Y esta inscripción tan incompleta y apenas conocida por los habitantes de Sedán (pues me costó algún trabajo descubrirla) es lo único que conmemora aquella heroica acción.

En la ciudad habíanse acumulado todos los horrores que puede encerrar la guerra. La lucha había cesado, pero no la destrucción: en las vecinas alturas 400 bocas de fuego disparaban; los muros caían, los incendios se multiplicaban, y las granadas proyectaban sus cascotes en medio de las masas desatinadas que se estrujaban en las puertas ó se aplastaban en las calles. Dos generales perecieron, Guyot de Lespard y Girard, el uno al pie de la estatua de Turenne y el otro no lejos de allí. La indescriptible aglomeración agravaba el peligro haciendo casi imposible toda circulación, hasta el punto de que los oficiales de órdenes tenían que abrirse paso espada en mano y nadie podía moverse sino arrastrándose por debajo de los carros ó escurriéndose por entre las piernas de los caballos. Aumentaban el horror los gritos de aquellos á quienes la multitud pisoteaba con ese egoísmo feroz que nace del exceso del miedo; las ambulancias estaban llenas y no se sabía dónde instalar á los heridos de la batalla que hacían cola para ser operados y cuyos sufrimientos abreviaron más de una vez las granadas dándoles muerte. Los soldados, poseídos de terror y muchos de ellos sin fusiles y sin mochilas, se refugiaban en desorden en las casas, bajo los cobertizos, en las bodegas, y aun los más intrépidos, cansados de todo incluso del valor, no tenían otra preocupación que la de conservar la vida. Algunos, sea por bajeza de alma, ó por el ansia de tomar el desquite contra la disciplina, ó por exasperación de la derrota, insultaban á los generales, les amenazaban con los puños y hablaban á gritos de traición. En el entretanto, el enemigo se aproximaba: al Este, los bávaros del I.º cuerpo llegaban á la puerta de Balan; al Oeste, los del II.º cuerpo tocaban ya á la de Torcy; para alejarlos, la artillería de la plaza disparaba contra ellos, pero sus detonaciones eran ahogadas por el estrépito del cañoneo enemigo, como los últimos gritos de un buque en peligro se pierden entre los rugidos de una tempestad implacable.

El emperador presenciaba esta agonía desde la subprefectura. Ni Ducrot ni Lebrun volvían, y en cuanto á Wimpffen, nadie le había visto. No explicándose

esas tardanzas y desesperado de aquella carnicería, Napoleón interrogaba ansiosamente á sus oficiales, se informaba de los medios que podrían poner término á la lucha y buscaba por todas partes quién quisiera firmar la petición de armisticio. Mientras se consumía en estas agitaciones, fueron á pedir asilo para un herido, pues todas las ambulancias estaban llenas: aquel herido era el general Margueritte, y el emperador, olvidándose por un instante de sus propios cuidados para ocuparse de aquel glorioso militar, le visitó, sentóse junto al lecho en donde le habían instalado y le expresó los votos que hacía por su curación. El general alzó los ojos al cielo, y como no podía hablar, escribió con lápiz estas palabras: «Señor, yo nada significo; pero ¡Francia, Francia!»

Aquella Francia cuyo nombre trazaba Margueritte con mano moribunda, estaba próxima al inevitable, al supremo infortunio. El valor de asumir la humillación había de ser más grande que el de morir, y Napoleón, que había abdicado en París el poder político y en Metz la autoridad militar, quiso volver á ser el soberano para beber el primero la amarga copa. Hacía una hora que esperaba á los oficiales á quienes enviara en busca de Wimpffen, cuando en esto llegaron el coronel de Bronsart y el capitán de Winterfeld procedentes del cuartel general prusiano y encargados de intimar la rendición de la plaza. Napoleón dió la respuesta y la dió por medio de la carta que el universo conoce y que Prusia conserva. Aquella carta, trazada con mano firme y en la letra fina en él habitual y hasta más legible que de ordinario, á juzgar por el facsímile, contenía estas solas palabras:

«Mi señor hermano:

»No habiendo podido morir al frente de mis tropas, no me queda más recurso que entregar mi espada en manos de Vuestra Majestad.

»Soy de Vuestra Majestad buen hermano

NAPOLÉON.»



Mourir en son lieu
N'ayant pas pu mourir
en milieu de mes troupes
il m'est resté qu'à remettre
mon épée entre les mains de
Votre Majesté
Je suis de votre Majesté!
Le bon frère
Napoléon
Sedan le 7 Sept. 1870

Facsímile de la carta dirigida por el emperador Napoleón III al rey Guillermo después de la batalla de Sedán

XI

El rey había permanecido todo el día en la colina de la Marfée, desde donde había visto cómo el círculo se extendía y se cerraba y cómo la masa de sus tropas se aproximaban á la ciudad y la cercaban. El estado mayor alemán había juzgado que el mejor medio de abreviar la lucha y por ende de economizar la sangre, había de ser activar el tiro á fin de precipitar la capitulación; así, por estas razones de humanidad, pero de humanidad esencialmente prusiana, toda la artillería disponible en la orilla izquierda del Mosa había hecho converger sus proyectiles sobre la plaza, produciéndose con ello